

hay muchos que no comprenden ni la palabra ni el espíritu; misioneros que no han recibido su mision sino de ellos mismos y no del Verbo; que no predicán sino por su interés, y á quienes convendría ir á la escuela de Cristo, para nutrirse allí con el pan de la sabiduría.

Lutero, despues de esto, hubo de encolerizarse, tanto de la piedad como de las alabanzas de su discípulo. Cuando Gaspar le escuchaba como un niño dócil, con la vista inclinada, entonces los labios del doctor se dilataban de alegría, y palabras fragantes se escapaban de ellos en forma de ramillete. Schwenkfeld era otro Benjamin; mas al presente, que el discípulo abandona la guía de su maestro, el maestro regaña, y se exaspera. Y, sobre todo, cuando mas se irrita es cuando Schwenkfeld tiene la audacia de enviarle una de sus elucubraciones.

—Al diablo, loco, dice; déjame con tus libros, todós manchados con las inmundicias de Satanás; oye mi última palabra. Que Dios te confunda, maldito Satan; á ti, y á todos los que provienen de tu espíritu infernal!

Los luteranos repiten la maldicion del doctor. Solo Melanchthon fue el que no invocó al diablo; mas, en su lugar, apeló al brazo del poder civil para lanzar esta peste de la Alemania.

importante, que se habla desconocido: el verdadero mismo en los Países Bajos, donde reinaba la ignorancia de los santos. Querida, pues, una voz que haecit, la voz de la autoridad, por el órgano de un Concilio universal. Que no se que algunas de las escuelas, y confabula en que no sería perdida.

CAPITULO XXXVIII.

los tiempos de la primera Iglesia. En esta época, Dios lo que era de Dios, no habia sido el propósito más difícil de cumplir, pero habia otra clase de restricciones de difícil cumplimiento. ULTIMAS TENTATIVAS DEL PONTIFICADO.—1535-1537.

la nobleza alemana habia ya vendido los condados de las Obispos, las tabernas de las iglesias, los vasos sagrados, Clemente VII.—Paulo III envia á Vergerio á Alemania para pacificar la Iglesia.— Entrevista de Vergerio y Lutero.— Lutero se burla del Legado. El voto sincero del Pontificado era de grandes depredaciones. El voto sincero de uno de esos grandes cristianos, por medio de uno de esos grandes cristianos, en que la Santa Iglesia habia hecho su voz inaudible.

El Emperador habia prometido en la Dieta de Augsburgo solicitar del Papa la reunion de un Concilio, para reducir á los disidentes, si era posible, haciéndoles volver al camino de que se habian descarriado. Los católicos, almas simples, se hacian la ilusion y pensaban que una reunion ecuménica de Obispos estirparia los últimos gérmenes de la revolucion. Lutero, por su parte, no cesaba de apelar al Concilio. ¡Cuántas veces, despues de haber publicado sus tesis, habia proclamado á la faz de su pais que estaba pronto á dar cuenta de su fe ante un sínodo nacional, cuyos decretos acataria. Los reformados, que no conocian aquellas reuniones tabernarias en que el reformador se burlaba todas las noches de lo que habia dicho en la vispera, creyeron en la sinceridad de su palabra. El Emperador tenia grandes pensamientos; mas en el momento en que debió realizarlos encontró en su camino un monge que le interceptaba el tránsito y le detenia. Todo lo habia puesto en juego por desterrar completamente el cisma; su autoridad



imperial, que se había desconocido; el verdugo mismo en los Países-Bajos, donde reinaba la efervescencia de los ánimos. Quedaba, pues, una voz que hacer oír, la voz de la autoridad, por el órgano de un Concilio universal. Quería él que sus alemanes la escuchasen, y confiaba en que no sería perdida, y operaría algunos milagros, como en los tiempos de la primitiva Iglesia. Restituir á Dios lo que era de Dios, no hubiese sido el precepto mas difícil de cumplir; pero había otra clase de restituciones de difícil realidad. Lutero mismo no hubiese sido escuchado, porque la nobleza alemana había ya vendido los caballos de los Obispos, las tapicerías de las iglesias, los vasos sagrados, las pinturas, las imágenes, y por sostenerse, creyó que la Reforma iba adelantando terreno, y causó nuevas ruinas y depredaciones. El voto sincero del Pontificado era mostrar al mundo cristiano, por medio de uno de esos grandes juicios, en que la Santa Iglesia hace oír su voz inspirada, todo cuanto su Jefe visible en la tierra había hecho durante veinte años, dispensando consejos, derramando lágrimas y misericordia por volver al gremio de la autoridad á tanto hijo rebelde.

Clemente VII, uno de los Pontífices que mas han honrado la tiara, era uno de esos varones en quien no dominaba la preocupación ni la pasión, de corazón bondadoso, y enriquecido de los mas elevados sentimientos, amigo sincero de las letras, sabio en las ciencias en que jamás lo había sido otro Pontífice; era mecánico, ingeniero y arquitecto. En consecuencia, su política debía ser tímida y recelosa: temió á Carlos V y á la Francia. El desvarío que mas incapacitó su política fue el aliarse con Francia para atacar al imperio, y á este para combatir á la Francia. Así es que cuando la estrella de Francisco I. dejó de brillar con su primer resplandor, se le vió arrojar en los brazos del Emperador, y en los de este cuando padeció la de su rival, Carlos no tuvo ni amor ni compasión para Clemente,

Le escusaba de haber atentado contra las libertades de Florencia, arrancadas completamente por sus doctrinas después de su muerte, como si no hubiese hecho uso de su derecho sosteniendo en su ducado á la casa de Médicis. En su lecho de agonía tuvo el dolor de ver el Vaticano despojado de su gloria y de su influencia en los grandes acontecimientos del mundo, los reinos del Septentrion apartarse de la fe católica, y la Suiza romper con la Santa Sede. Murió de pesar: como Vicario de Jesucristo nada tenia que echarse en cara, y se durmió en el Señor, después de una vida pura: mas como príncipe debió llorar la política metódica que le hizo adoptar el interes de su corona temporal. «¡Y ved, dice á este propósito Ranke, de qué fuerte organización está dotado el catolicismo! Parece que en las manos débiles de este Pontífice debía extinguirse, y morir, ó debilitarse al menos; empero en el pontificado de Paulo III, sucesor suyo, renace con nuevas fuerzas y esplendores.» Paulo adopta una política franca, vigilante y arreglada. Apenas sentado en el trono, los pueblos y los Reyes admiraron á la vez sus maneras nobles, finas, su elegancia sin fausto, y su dulzura sin debilidad. El Pontificado se engrandeció con esta noble respuesta de Paulo al Emperador, que le pedía el capelo para dos hijos suyos, niños todavía: «Se los daré cuando se me pruebe que alguna vez se han hecho cardenales con babero.» Clemente había dejado á su sucesor una tarea improba que desempeñar, bajo cuyo peso había sucumbido. Veamos lo que debía hacer: vencer el protestantismo, ó al menos alzar una barrera á sus invasiones; restaurar el edificio católico, dándole la vida y esplendor que había perdido á los ojos de los hombres, é imprimirle unidad; sublevar el Mediodía contra el Septentrion; á una liga reformada, oponer una liga católica; y cuando esta obra estuviese acabada, precipitar la Europa contra la Puerta Otomana, y borrar las querellas entre los príncipes amigos de la Santa Sede, tan funestas al cristia-



nismo, reconciliando la Francia con la España. Y no solo tuvo la gloria de haber concebido todos estos bellos pensamientos, sino que pudo experimentar el placer de verlos realizados cumplidamente. El tiempo, mas fuerte que él mismo, le impidió salir igualmente victorioso de todos los acontecimientos: mas su gran obra, la que le ha colmado de honor, aun á los ojos de los mismos protestantes de buena fe, es el Concilio que inauguró en Trento, y cuyo nombre irá siempre unido al de su ilustrado gobierno pontificio. Idea grande, vasta, que ha sobrevivido y sobrevivirá á todas las glorias de este Pontífice; porque si bien en Trento alzó una barrera insuperable entre los dos cultos, el catolicismo se rehizo y cobró nuevas fuerzas, uniendo en estrecho é indisoluble lazo á todas las naciones que le pertenecian. El Norte se habia separado de este grupo; mas la cadena que estrechaba al Mediodía jamás pudo ni ha podido romperse. Despues del símbolo de Atanasio, no hay libro que merezca mas veneracion de los católicos que el que lleva el titulo de *Catecismo del Concilio de Trento*, que no es mas que una paráfrasis luminosa de este símbolo: en él la inviolabilidad del dogma, la supremacia pontifical y la unidad cristiana, están al abrigo de toda tentativa de error y novedad. Ranke, á quien nos complacemos en citar, observa, con mucho fundamento, que el martillo sajón creia haber derrocado hasta la última piedra de la moderna Babilonia; pero que en Trento se vió bien claro que el edificio católico apenas se habia resentido. Al mismo tiempo, y como para compensar la defeccion de los alemanes, de pronto, y como por ensalmo, aparecen aquellas Ordenes religiosas que se vieron en todas las partes del globo conquistar tantas almas á la Santa Sede, llenar el vacío que habia dejado la Reforma, y llevar el nombre de Roma á los confines del mundo. Todo lo mas grande que se encuentra en la historia moderna es la historia de estas Ordenes, y sobre todo la de los jesuitas, república

que iguala en poder y en habilidad á la de Rómulo. Si Lutero arrancó á Roma dos millones de almas, Ignacio de Loyola le procuró diez.

Paulo III, de la familia de Farnesio, estaba llamado á operar la reconciliacion que no habia sido posible tentar á sus antecesores, en fuerza de acontecimientos imprevistos. Vergerio, su Legado, tuvo orden de partir para Alemania, y anunciar á Carlos V y á su hermano Fernando, y á otros principes de la cristiandad, que el Concilio tan deseado por los pueblos hacia tiempo, se abriria por fin en Mantua. A primeros de noviembre llegó Vergerio á Wittemberg, y ante todo manifestó su deseo de ver á Lutero. El doctor, despues de haber comunicado con el Legado, se burló del embajador con sus amigos: «Héteme aquí que se me anuncia un reverendísimo Cardenal, escribia á Melancthon; un Legado que se parece á todos los demas; un estafador, un ladron, el demonio en persona. Yo desearia que la Inglaterra tuviese muchos Reyes como Enrique VIII, que sabe bien deshacerse de esta canalla.»

Un antiguo escritor de la época nos ha conservado el relato de esta entrevista.

«Así que el Dr. Martin Lutero conoció que se aproximaba la visita, hizo llamar á su barbero:

— Señor, le dijo el barbero: ¿qué quiere decir esto que me llamis tan temprano para afeitarnos?

El doctor le respondió:

— Es que debo ser recibido por el enviado de Su Santidad, y es preciso que me afeiteis muy bien, que parezca un Adonis, y así pensará el Legado: «¡Qué diablos! si Lutero nos hizo pasar en la juventud, ¿qué será ahora en la fuerza de su edad?»

Quando el maestro Enrique concluyó de hacer su oficio, Lutero se puso el mejor de sus vestidos, y adornó su cuello con una cadena de oro.

— ¿Os burlais, señor? dijo reventando de risa el barbero.



—Razon tienes, replicó el doctor: bastante se han reído de nosotros, y ahora nos toca reir y hacerles rabiar. Así es cómo deben tratarse los lobos y las serpientes.

—Andad en paz, señor, replicó el barbero; en la paz de Dios: que el Señor sea con vos, y les convirtais por vuestra boca.

—Ya nada haré; pero me propongo contestarle en regla.

Dicho esto, acompañado de Pomeranio, montaron en el carruaje que les habia enviado el Legado en señal de distincion: tomaron el camino de la ciudadela. Cuando Lutero ponía el pie en el carruaje, no pudo menos de soltar la carcajada, y decir á su compañero:

—¡Verdadero milagro! ¡El Papa de los alemanes y el Cardenal Pomeranio sentados mano á mano en un mismo carruaje!

Lutero fue dispensado de los acatamientos debidos al Legado pontificio. Habiéndose hecho anunciar, salió el Nuncio á recibirle, y le estrechó afectuosamente la mano, conduciéndole en esta forma á su habitacion. Despues de algunas palabras indiferentes, Vergerio llevó la conversacion á tratar del Concilio.

—¡Bah! dijo Lutero moviendo la cabeza: me rio de vuestro Concilio. Si el Papa llega á celebrar alguno, será para tratar de la cogulla, de los frailes, de la tonsura clerical, de viandas, de vino y otras boberías de este género: mas de la fe, de la penitencia, de la justificacion, del lazo de caridad que debe unir á todos los que viven una misma vida, nada, nada absolutamente: ¡graves y solemnes enseñanzas en que la Reforma se ha ocupado hasta el presente, iluminada por la luz del Espíritu-Santo! ¿De qué tenemos necesidad ahora? ¿De vuestro Concilio, que sirve solo para las pobres naciones que teneis cautivas? Vosotros, papistas, no sabeis lo que creéis. Marchad, marchad; reunid vuestro Concilio si os parece, que

yo os prometo ir, aun cuando supiese que habia de ser quemado ó ahorcado.

El Legado no le contestó la menor palabra, y sin reconvenirle por alguna expresion poco dulce, inclinó la cabeza como en señal de satisfaccion, y como si hubiese obtenido todo lo que venia á solicitar de Lutero...

—Mas decidme, doctor, replicó aquel: ¿dónde quereis que se celebre el Concilio?

—A mi, replicó el sajón, donde querais: en Mantua, ó en Padua, ó en Florencia, poco me importa.

—¿Y en Bolonia? dijo el Legado...

—¡En Bolonia! ¿A quién pertenece esta ciudad? dijo Lutero.

—Al Papa, respondió el Legado.

—¡Dios mio! dijo el doctor alzando la voz cuanto pudo: ¿una ciudad que ha robado el Papa! Sea, pues, en Bolonia;

allí me tendreis.

—Lo mismo que el Papa vendria á Wittemberg, replicó el Legado, si la salud de las almas lo exigiese.

—¡Oh! ¡Por Dios, que venga! Nosotros le recibiremos lo mejor que podamos.

—¿Y cómo querriais que se presentase? preguntó Vergerio: ¿acompañado de tropas, ó sin soldados?

—Como él quiera, interrumpió bruscamente Lutero; de cualquier modo será bien recibido.

La conversacion mudó de rumbo: Vergerio preguntó á Lutero si ordenaba á los reformados.

—Ciertamente, ordeno despues que el Papa nos quiso privar de la colacion del sacerdocio. Ved ahí, monseñor, y lo dijo señalando á Pomeranio con el dedo: ved ahí un Obispo de nuestra hechura, el Dr. Pomeranio, que ha recibido la consagracion episcopal.

Toda esta conversacion fue una chanza insolente, en que Lutero habló al Nuncio del Papa, como él tuvo valor de decir, «en pillo y en bribon,» y en que el Legado de Su



Santidad se condujo como un hombre que bien pronto había de renegar de la fe católica. Paulo III, eligiendo á Vergerio por su Legado, padeció una malhadada equivocacion. Cuando Vergerio montó á caballo para salir de Wittemberg, tendió su mano hácia Lutero, y le repitió la promesa que le habia hecho en la vispera.

—Id con Dios, monseñor, dijo Lutero; yo iré, y llevaré mi cabeza y mis espaldas.

Al día siguiente contó á Melanchthon y á Justo Jonás su entrevista con el Legado.

—Nuestro Legado ha partido: apenas se ha detenido en esta ciudad; vuela, no marcha. Me ha invitado á almorzar á mí, y tambien á Pomcranio: habia rehusado la cena. Por fin he comido en su mesa. No puede boca humana alguna referir lo que se ha dicho entre nosotros; yo me he hecho el Lutero durante la comida.

Es lo cierto que Lutero se divertia á costa del Nuncio y de los católicos, y no tuvo la mas leve intencion de cumplir la promesa que él habia hecho de asistir al Concilio. A sus ojos este Concilio no era mas que una obra del diablo, en que no queria ser cómplice. Los folletos que habia publicado allá en otro tiempo eran un buen testimonio de que á ningun precio queria la reconciliacion con el papado. Aquellos sínodos de Hanau, Francfort y Schmalkalde, en que la flor de los teólogos de ambas comuniones se reunian para reconciliar los dos cultos, no se imaginaron sino para adormecer al Emperador. En la conferencia de Schmalkalde (1537) encerró Lutero á sus diputados en un circulo de hierro, del cual no podian salir sin incurrir en su cólera. Sobre todo, redujo la timidez y la flojedad de Melanchthon, quien mas que nunca se inclinaba á devolver su autoridad á los Obispos. El discípulo balbuceó protestas equívocas, temiendo desconsolar á su maestro. El landgrave de Hesse, que quería con toda la fuerza de su voluntad sacudir el yugo del Emperador, se asoció secretamente á los mal-

vados pensamientos de Lutero: en público y en los sínodos fingia adoptar las ideas conciliadoras de Melanchthon, haciendo así un doble papel. Esperaba por precio de sus condescendencias hacer bendecir su poligamia por la Iglesia de Wittemberg.

Detengámonos en esta página de la vida de Lutero.